

LIBROS

La filosofía del embrague

En un artículo de hace pocos meses, que quizá recuerde el sufrido lector, hablé de la filosofía analítica en España, su extensión, su alcance y sus expectativas. Apunté entonces mis recelos de que esa modalidad filosófica tuviese rasgos escolásticos, académicos y conformistas en un grado mayor que el habitual en cualquier filosofía, y superior en todo caso a lo deseado por algunos de los que en ella se ejercían. Naturalmente, mi aversión a lo escolástico, académico y conformista parece a primera vista un prejuicio ético, pero, como diría Groucho, no se llama a engaño: es indudablemente un prejuicio ético. No pretendo aspirar a ningún tipo de neutralidad ni, por supuesto, ocultar mis tomas emocionales de partido so capa de que los rasgos denostados son funestos para el progreso del conocimiento, la dicha de la Humanidad o alguna sublimidad semejante. De modo que no tengo más remedio que admitir que ciertas inclinaciones de la filosofía analítica me fastidian porque sí, y tratar de que ustedes compartan dicho fastidio a base de los recursos estilísticos que en este par de folios me quepan o se me ocurran. Esto viene a cuenta de un libro que José Ferrater Mora (1) ha publicado recientemente y que versa sobre el método analítico, su alcance y sus límites. El hecho de que el libro lleve el poético título de «Cambio de marcha en filosofía» y que en la portada haya unas flechas que obvia-



mente indican «desviación a la derecha», no contribuyó a mitigar esos prejuicios míos antes mencionados; tampoco su contenido, aunque esta tozudez puede cargarse a cuenta de mi cerrilismo y empecinamiento. La obra de Ferrater pretende ser una defensa e ilustración del método analítico, en modo alguno acrítica respecto a ciertas variantes o peligros de éste, que trata juntamente de superar algunas de las objeciones más comunes al análisis y de fundamentar de algún modo sus principales opciones intelectuales; no necesito subrayar la abundancia erudita de información, por ser algo que en modo alguno se puede negar a este autor, y sólo destacaré el detalle, siempre grato, de la abundancia de nombres españoles en la bibliografía, que subraya la proliferación e interacción de los trabajos nacionales en esta materia.

En primer lugar, para evitar enfadosas generalizaciones, Ferrater señala que «la filosofía analítica, en suma, no es una "escuela", ni siquiera una tendencia, y a lo que más se parece

es a un conjunto de corrientes caracterizadas por numerosas "técnicas", "estrategias", "estilos" y "maneras de hacer filosofía" que cuadran bien con el examen de ciertos problemas, pero que no dependen de un determinado grupo de problemas. No hay ni "la" filosofía analítica ni "los" problemas de la filosofía analítica; hay modos de analizar problemas filosóficamente». Ya en este planteamiento genérico surgen dos cuestiones que se prestan a la objeción: en primer lugar, parece que de facto la filosofía analítica sólo trata un tipo determinado de problemas, a saber: los derivados de los usos comunes del lenguaje y las dificultades sintácticas y semánticas que plantean, y los concernientes a la elucidación de la metodología de las ciencias experimentales; en segundo, parece que hay métodos de analizar filosóficamente los problemas que no corresponden al «análisis» de los analíticos o, dicho de otro modo, que la noción de «análisis» es sumamente ambigua y, en su versión «analítica», bastante re-

cortada respecto a otras acepciones posibles. Naturalmente, Ferrater conoce estas dos objeciones y se enfrenta a ellas a lo largo de su libro, de un modo concienzudo, pero, a mi juicio, no enteramente satisfactorio. Centrará esta crítica en intentar mostrar, con las limitaciones de espacio del caso, tales insuficiencias.

La primera objeción versa sobre lo que Ferrater denomina «la cuestión de los ejemplos». Defiende Ferrater al análisis de la acusación de monotematismo enumerando sus diferentes variedades: examen del lenguaje, ordinario y extraordinario, de los filósofos; análisis lógico al modo de Russell, positivismo o empirismo lógico, positivismo terapéutico, pluralismo lingüístico wittgensteniano, análisis conceptual strawsoniano, fenomenología lingüística austriana, investigación de las «categorías» y marcos conceptuales, indagaciones sobre el conocimiento y las proposiciones éticas, etcétera... Acaba este catálogo diciendo: «Salvo entre quienes usan el martillo más bien que el bisturí, la filosofía analítica y la monotonía filosófica no siempre han ido a la par». Y aquí está precisamente el mal: en que para distinguir las variedades del análisis hace falta un bisturí finísimo, mientras que las restantes filosofías pueden diferenciarse a martillazos. Es como si comparásemos la variedad de un jardín japonés con la de la selva del Amazonas; también el jardín es diverso y minucioso en su artificialidad, pero tal pluralidad es inconmensurable con la proliferación espontánea del Matto Grosso. Los filósofos analíticos son diversos fuera de casa, pero nunca salen al exterior, que es todavía mucho más diverso de lo que ellos sueñan. ¿O será por temor a esa diversidad por lo que se han encerrado en casa? Se acusa a los analíticos de ser «triviales» y prestar atención sólo a banalidades, Ferrater se

pregunta: «¿De qué o a propósito de qué hablan los autores analíticos? De cosas como jugar al ajedrez, ir al circo, confeccionar pasteles, abrir una puerta, saludar al vecino, emprender un viaje en automóvil. ¿Y de qué o a propósito de qué hablan autores no analíticos, o por lo menos gran cantidad de ellos? Pues del "encuentro" con el "otro", de crisis religiosas, de compromisos políticos, aburrimientos mortales, angustias por nada, actos de sadismo o masoquismo, suicidio». Repasando esta enumeración, no cabe duda de que el uso común de la palabra «trivial» corresponde con mayor adecuación a la primera serie que a la segunda. Pero hay algo entre líneas más importante: en el crescendo de la segunda serie, que va del encuentro existencial al suicidio, y en otras alusiones de Ferrater al LSD o la heroína como estimulantes de los que abandonan la senda racional, se transparece la imagen de unos especulativos frenéticos, aburridos, angustiados, lanzados por su pura inestabilidad emocional a las agonías de la religión o la política, drogadictos y homosexuales, acabando mercedemente en el suicidio. Así suelen ver a los «malos» quienes yo me sé. Y frente a éstos, los analíticos, serios, trabajadores, buenos padres de familia, sin inquietudes religiosas o políticas, acabando su vida presidiendo congresos de filosofía en Valencia. ¿No se le ha escapado a usted un poquito de moralina filisteá, don José? Para desvanecer esta mala impresión, Ferrater propone estos dos ejemplos, que dan prueba, según él, de la variedad de intereses de los analíticos: «¿Cuando alguien mueve deliberadamente un brazo, hace mover la palanca de una bomba de agua, llena con ello un depósito de agua y envenena a los residentes de una casa, ejecuta cuatro actos o sólo uno?»; y este otro: «Alfredo mira por la ventana, ve a un grupo de indigentes que piden li-

mosna, sale de la casa, atraviesa la calle, conmina al grupo de indigentes a que dejen de pedir limosna (ya que es un acto que perpetúa el statu quo social) y se inscriban en el PIR; ¿son éstos cinco (o seis) actos o sólo uno?». Y añade, satisfecho: «¿Será entonces la cosa igualmente "trivial"?». Respuesta... se la dejo al lector. ¡Ah, la primera de esas dos memeces es un ejemplo de Anscombe, analítico de pro que ha ocupado a muchísimos analíticos de pro, detallados en la bibliografía del volumen!

Pero, a fin de cuentas, la divergencia reside en la concepción misma del análisis filosófico. El «análisis» por el que Ferrater aboga se propone, en último término, la consecución de la «verdad objetiva», revisable, verificable de modo más o menos experimental, destinada a completar por vía teórica nuestro dominio del mundo. Es el ámbito de la razón instrumental, dedicada a replantearse perpetuamente el tema del conocimiento, descripción y utilización de un mundo que no es sino un conjunto de problemas técnicos (y llamo «técnicos» incluso a los suscitados al manipular la realidad con instrumentos teóricos, como la física cuántica). Por eso Ferrater no acierta a poner en todo el libro más que ejemplos sacados de las ciencias experimentales, pero nunca del arte, la política o la religión; por eso le parece grotesca la idea de «proliferación» de Feyerabend, que no descarta la alquimia ni la astrología, y le remite a las «fantasías» de Borges o García Márquez; por eso maneja un modelo de tolerancia similar a la fatigada y desatenta cortesía de los congresos filosóficos, en los que nadie espera nada radicalmente distinto. Pero hay una razón que no ha sido mutilada ni de la fantasía ni de ninguna de sus restantes «perversiones». Y hay un proyecto —llámesele liberación, seriedad, cordura, comunidad—

(1) «Cambio de marcha en filosofía», Ferrater Mora. Alianza, núm. 497.

que aspira a algo más que a resolver acertijos por medio de técnicas formales más y más sutiles. Desde este proyecto, la filosofía analítica sigue pareciendo incurablemente trivial, en el mejor de los casos, y peligrosamente idiotizadora, en el peor.

Consciente de que, con frecuencia, algunos conspicuos analíticos pasan en sus minuciosos análisis del rigor a la esclerosis, Ferrater propone el siguiente criterio para descubrir dicho indeseable tránsito: «Hay esclerosis cuando, al tiempo que se va angostando el alcance del tema a tratar, se van multiplicando las nociones, los principios y las distinciones». Parece, sin duda, un excelente criterio, que suscribo sin vacilar; pero Ferrater lo declara algo «sospechoso» si se considera el criterio complementario y concomitante, a saber: «Se evita la esclerosis cuando, al tiempo que se va ampliando el alcance del tema a tratar, se va reduciendo el número de nociones, principios y distinciones». «Del cual se siguen conclusiones disparatadas», añade Ferrater. No tanto, no tanto: después de todo, esa fue la forma de filosofar de Parménides, Lucrecio, Spinoza, Hegel y Schopenhauer; a todos ellos les veo más lejos de la estéril esclerosis que a Stawson o Gilbert Ryle. ■ **FERNANDO SAVATER.**

## Primer coloquio de literatura comparada

«No hay duda que la Literatura Comparada implica la superación, convencidísima y algo militante, de todo nacionalismo cultural (por ejemplo, en España de lo que llamaba Leo Spitzer *der spanische Hispanozentrismus*, el hispanocentrismo español, tan tentador y frecuente en el terreno de las Humanidades). Estas palabras pertenecientes al discurso inaugural de Claudio Guillén expresan bien

algunas de las intenciones que han tenido los organizadores de este Primer Coloquio de Literatura Comparada (Colegio M. Jaime del Amo, Madrid).

La importancia de este primer coloquio, que quiso ser eso precisamente, un esfuerzo expreso de escuchar a los demás para luego interrogarse mutuamente y llegar a pensar juntos, ha puesto de manifiesto, por otro lado, el vacío que existe a nivel institucional académico de esta, llamémosla disciplina, en nuestra Universidad. No así a nivel de investigadores, que estuvieron presentes con muy importantes comunicaciones.

En este Congreso se ha acentuado a) La teoría de la literatura. En este caso, las ponencias de Lázaro Carreter sobre los géneros literarios, de Alarcos Llorach sobre lo poético de la poesía con respecto a los estratos de la lengua, de Carlos Bousoño sobre un aspecto de la poesía tradicional: «la fe en la literalidad», de Jorge Urrutia sobre las relaciones entre estructuras literarias y cinematográficas; las de Antonio Prieto y Claudio Guillén sobre las diferencias entre el concepto tradicional de forma artística y la estructura de los estructuralistas franceses. Cesare Segre hizo su comunicación sobre la historicidad de las estructuras poéticas. Joaquín Casaldueño puso de manifiesto su concepto de forma literaria al analizar brevemente y magistralmente el *Guzmán de Alfarache*. b) La consideración de órdenes y fenómenos internacionales, en la práctica, sobre todo de ciertos géneros literarios. Francisco Rico, en torno a Petrarca sobre «la primera persona como género literario», la comparatista checa trasladada al Canadá Eva Kushner sobre el diálogo en el Renacimiento, la comunicación de Roger Bauer (Munich) sobre el tema de la decadencia en la literatura del XIX, expresada a través de un regreso al rococó, a Watteau y

a distintos temas del XVIII, y una comunicación sugestiva de Margarita Smerdou Altolaguirre sobre un motivo literario internacional, el «engaño a los ojos» (como en el *Retablo de las maravillas*).

Marcel Bataillon había presentado los coloquios con un discurso en que trató de la Literatura Comparada en general en Europa, así como de la ausencia aquí, hasta hace poco, del estudio de las literaturas extranjeras. Dijo:

«Este primer coloquio de L. C. podría ser expresión de una esperanza de que sigan otros en años venideros. Me atrevo a interpretar este objetivo primero en su sentido más absoluto, para dar valor de cosa nueva, de un advenimiento español en el campo del llamado comparatismo, ya que en España es reciente la tradición de estos estudios, debido a la ignorancia de lenguas extranjeras (fundamentalmente en el terreno comparatista), y a la tendencia de los propios españoles a limitar su campo de investigación al terreno nacional debido a lo que definió Unamuno con la palabra *casticismo*».

Contribuyeron de una manera decisiva el ambiente auténticamente internacional los comparatistas venidos del extranjero: Cesare Segre, profesor de Pavia, filólogo eminente y también teórico de la literatura; Eva Kushner, checa, profesora en Ottawa, conocedora de las literaturas del Renacimiento; Roger Bauer, profesor en Munich; Zoran Konstantinovich, yugoslavo, catedrático en Innsbruck, y otros. Se leyeron también las ponencias del húngaro Söter y Etienneble (primer comparatista de Francia), que trató de las traducciones del *haiku* a las lenguas indoeuropeas; hecho importante puesto que ha de ser decisivo e incluyente para el futuro de esta clase de estudios el acercamiento a las literaturas orientales más ricas y distantes de las nuestras.

## VALENCIA, ESCALANTE Y TEATRO

La polémica suscitada por el comentario de José Monleón a la representación de un sainete de Escalante por el grupo El Rogie (ver TRIUNFO núm. 601, pág. 65), ha desencadenado la presencia de una serie de cartas que agradecemos por igual. Teniendo en cuenta que la publicación de todas ellas desborda unos límites razonables de espacio, optamos por resumir el tema. Consideradas en su conjunto, nos encontramos con lo siguiente:

A) Que intentan abordar un problema de fondo: la realidad cultural valenciana, con la puesta en cuestión incluso de elementos que deben ser analizados para poder llegar a una definición de aquella.

B) Que tal investigación, que nos parece de gran importancia, se encuentra en cierto modo limitada por el punto de arranque impuesto por los términos de la polémica. El análisis se ve forzado a detenerse en puntos secundarios o irrelevantes.

Por ello, y sin perjuicio de reconocer el interés del espectáculo de Escalante, al que asistieron, según nos comunica el Valencia Cinema, un total de 3.057 espectadores, consideramos que procede replantear el tema sobre supuestos más amplios y más significativos.

Tomamos, pues, buena nota de cuanto sugieren las cartas recibidas hasta ahora y prometemos abordar, en futura ocasión y con la sistemática adecuada, el tema de la cultura valenciana y de los procesos históricos que la han conducido al punto en que se encuentra. ■

## La tragedia de los vencidos en 1939

Se está produciendo un gran desbloqueo de información y testimonios de la guerra civil. No es demasiado pronto, si se tiene en cuenta la importancia de un conocimiento lo más exacto posible de un fragmento de nuestra Historia especialmente significativo para todas las generaciones coexistentes en nuestro país —las que conocieron o las que no conocieron la guerra—; bien venido sea. Podremos asistir en los próximos tiempos a una verdadera inflación de libros sobre el tema y de las opiniones más dispares. Es una premisa necesaria esta de la abundancia de información y de la disparidad de opiniones. Una inflación de la que no debemos quejarnos.

Entre los libros más recientemente publicados, destaca mucho «El año de la victoria», del periodista Eduardo de Guzmán, que fue redactor de «La Tierra» y de «La Libertad», y que dirigió el periódico libertario «Castilla Libre». En un libro anterior, «La muerte de la espe-

